armonía de este mundo. Necesario es el sol, mas tambien lo son los mosquitos. El órden es grande en la Via láctea, pero tampoco lo es menos en una colmena. ¿Quién sabe si la vida de las estrellas no es tan esencial como todo esto? Veo desaparecer algunas, y Dios se pasa sin ellas. Ningun género de insectos deja de acudir al llamamiento. Que llegase á faltar una sola especie de hormigas y seria asunto grave, causando un peligroso vacío en la economía general.

II.

LA COMPASION.

Cierto dia el pintor Gros vió entrar en su estudio á uno de sus discípulos, jóven apático que habia creido hacer una gracia clavando en su sombrero una magnífica mariposa que acababa de coger, y que aun luchaba con las ansias de la muerte. Indignóse el artista, y poseido de furor habló al jóven de esta suerte: «¡Cómo! ¡desdichado! ¿Es ese el sentimiento que sentís por todo lo bello? Encontrais á vuestro paso una criatura deliciosa, ¡y no os acude otra idea que crucificarla é inmolarla bárbaramente!..... ¡Fuera de aquí! ¡Nunca mas volvais á presentaros en mi casa!»

Esta escena no sorprenderá á los que sepan cuán viva fue la sensibilidad del grande artista, su religion por todo lo bello. Lo mas admirable es ver á un anatómico, á un hombre que ha vivido con el escalpelo en la mano (Lyonnet), expresarse en idéntico sentido y relativamente á los insectos menos intere-

santes. Sabido es que este hombre hábil y paciente ha abierto á la ciencia un nuevo camino con su colosal trabajo sobre la oruga del sáuce, en el cual se demuestra que el insecto es idéntico por los músculos á los animales superiores. Felicítase á sí mismo Lyonnet de haber podido dar remate á tan dilatada tarea, sin sacrificar para ello mas que ocho ó nueve indivíduos de la especie que intentaba describir.

¡Noble resultado debido al estudio! Profundizando la vida por medio de ese trabajo perseverante, muy lejos de desmayar el ilustre sábio hacíasele por momentos mas simpático. Los minuciosos detalles del sér infinitamente pequeño le habian revelado los manantiales de viva sensibilidad que por doquiera ha ocultado la naturaleza, encontrando siempre lo mismo, hasta en la escala mas ínfima de la animalidad; de suerte que, enseñóse á respetar toda existencia.

Los insectos nos repugnan, nos molestan, y en ocasiones nos causan miedo en proporcion de nuestra misma ignorancia. Y sin embargo casi todos ellos, en particular los de nuestros climas, son inofensivos. Lo desconocido nos hace sospechar. Casi siempre les damos muerte, sin mas averiguaciones.

Recuerdo perfectamente que á las cuatro de la mañana de un dia del mes de junio, cuando el sol estaba ya bastante alto, fuí despertado de un modo brusco, siendo así que me hallaba rendido y con sueño. Encontrábame en el campo, en una habitacion sin postigo ni cortinas, en pleno levante, y los rayos del

astro diurno llegaban hasta mi lecho. Un magnífico abejorro se habia introducido no sé cómo en el cuarto y revoloteaba zumbando alegremente al calor del sol. Confieso que semejante ruido me molestaba. Por lo tanto me levanto, y, pensando que queria salir afuera, abro la ventana. Pero nó; lo que menos deseaba el animalillo era salir. La mañana, aunque bella, era algo fresca y bastante húmeda; el abejorro preferia estarse en la habitacion, en una temperatura mejor que la de afuera, que le secaba y calentaba: en el campo eran las cuatro de la mañana, mientras que allí donde se hallaba suponia para él ser la hora de medio dia. Obraba exactamente como hubiese hecho yo mismo si me encontrara en su lugar, y no salia. Quise dejarlo en completa libertad, y acostéme otra vez con la ventana abierta. Pero no hubo medio de descansar. Al colarse por aquélla el aire de afuera, el insecto tambien se internaba volando alrededor del cuarto. Huésped tan obstinado é importuno acabó por aburrirme; así que, levantándome, decidí expulsarlo á viva fuerza. Mi arma era un pañuelo, mas sin duda servíme de él con poca destreza, puesto que aturdia, espantaba al pobre animalejo. Remolinaba vertiginosamente y cada vez estaba menos dispuesto á partir: mi impaciencia iba en aumento; mi mano se hacia mas pesada, demasiado pesada sin duda... Cayó sobre la barandilla de la ventana, cesando de volar.

¿Estaba muerto ó sólo aturdido? Dejé la ventana abierta, pensando que, si aturdido, el aire podia hacerle revivir y entonces se iria: y volví á acostarme, aunque de bastante mal humor. Despues de todo, la culpa era suya: ¿por qué no se habia marchado? Hé aquí mi primera idea. Luego, reflexionando, fuí

mas severo para conmigo: me acusaba de impaciencia. Ahí teneis la tiranía del hombre; nada puede soportar. Este rey de la creacion, lo mismo que casi todos los reyes, es violento; á la menor contradiccion se encoleriza, estalla, y mata.

Creo haber dicho que la mañanita era deliciosa, fresca, y sin embargo el calor comenzaba á molestar. Mezcla afortunada de temperatura, propia del país y de la época del año: estábamos en junio y en Normandía. El carácter peculiar de dicho mes y que le distingue de sus sucesores, es que las especies inocentes, aquellas que viven de vegetales, ya han nacido todas, pero nó las especies homicidas que necesitan viva presa: hay muchas moscas y ninguna araña. La muerte no se ha iniciado todavía; sólo se trata ahora de amar. Estos pensamientos acudian á mi mente, pero no me halagaban. En aquel momento bendito, sagrado, en que todo el mundo vive confiado, yo habia dado muerte á un sér: sólo el hombre quebrantaba la paz de Dios. Semejante idea acibaró mi alma. Poco importa que la víctima fuera pequeña ó grande; la muerte siempre es muerte. Y sin sério motivo, sin provocacion, habia yo turbado brutalmente esa dulce armonía de la primavera, dañado el universal idilio.

Perturbado con esos pensamientos, fijaba mi vista de vez en cuando á la ventana, para observar si el abejorro daba señales de vida, ó si habia que perder toda esperanza. Pero nada; inmovilidad completa.

Trascurrió así cosa de media hora ó tres cuartos: luego, de repente, sin que el mas mínimo movimiento prévio lo hubiera indicado, veo á mi abejorro levantarse con seguro y firme vuelo, sin titubear, cual si

nada le hubiera acontecido. El animalillo se encaminó al jardin, caldeado entónces por el sol.

Confieso que tuve en aquellos momentos una alegría grande y se me quitó un peso de encima. En cambio al insecto no le preocupaba ni poco ni mucho lo que yo pensara. Supuse que, dotado de gran prudencia, se imaginaria no convenirle venderse dando señales de vida, pues en tal caso su verdugo pudiera rematarlo. Por lo tanto, hízose el muerto á maravilla, aguardando á haber cobrado fuerzas y el aliento, y á que sus alas secas y calientes estuvieran en disposicion de sostenerle. Entónces de un solo vuelo partió sin despedirse.

Durante uno de mis viajes á la Suiza, al país de los Haller, de los Hubert y de los Bonnet, comencé á estudiar sériamente, dejando á un lado las colecciones que sólo presentan lo exterior, y resuelto á escudriñar los órganos interiores con el escalpelo y el microscopio. Entonces fue cuando me ví precisado á cometer mis primeros crímenes.

No necesito decir aquí que esa preocupacion, esa emocion, mas dramática de lo que seria dado suponer, perjudicó á mi viaje. Aquellos sitios deliciosísimos, sublimes, solemnes, me impresionaron lo mismo que antes; pero la vida, la vida doliente (que habia de hacer sufrir) pesaba sobre mi conciencia. El himno ó la epopeya eterna de esos infinitamente grandes resistia apenas el drama de nuestros infinitamente pequeños.

Una mosca nos robaba los Alpes; la agonía de un coleóptero, que duró diez dias, nos veló el Mont-Blanc; la anatomía de una hormiga hízonos olvidar el Jungfrau.

Empero ¿quién es capaz de deslindar lo grande de lo pequeño? Todo es grande, todo es importante, todo es igual en el seno de la naturaleza y en la imparcialidad del amor universal. ¿Y dónde se encuentra mayor sensibilidad que en el trabajo infinito del pequeño mundo orgánico sobre el cual tenia fijos mis ojos? Levantarlos en direccion á aquellos montes ó bajarlos para contemplar aquellos insectos, todo era lo mismo.

«El 20 de julio, dia en que el calor era bochornoso, si bien refrescaba la mañana la brisa matutina que jugueteaba sobre el lago entre Chillon y Clarens, paseábame sola; mi marido se habia quedado en casa escribiendo. El sol se deslizaba oblícuamente entre nuestros valles del país de Vaud y heria de plano las montañas del otro lado de la Saboya. El iluminado lago reflejaba las agudas aristas de los peñascos, cuya base, cubierta de pastos, se vivifica y refresca junto á sus orillas.

»Mas tarde, el sol da la vuelta y cambia la escena. Un fuerte rayo de luz penetra, mas allá de Chillon, por el largo desfiladero del Valais, alumbra el agudo Diente del Mediodía y corolea vaporosamente la cúspide del lejano San Bernardo. Empero yo preferia á esa escena de esplendor la hora matutina en que nuestro Montreux descansa envuelto en sombras. Era la hora religiosa para su iglesita, cuya azotea semi-inclinada, dando la espalda á las rápidas pendientes arboladas, oscuras en aquellos momentos, vierte el

agua cristalina á las sedientas vides que hay abajo. Al pié del terrado vése una preciosa gruta cubierta de musgo y estalactitas, la que conserva penetrante frescura. Arriba, el templo rodeado de hospitalarios bancos de madera, una pequeña biblioteca (otro templo), de donde sacan libros los vendimiadores, por último, la linda fuente, lo que constituye un conjunto diminuto pero delicioso y de una austeridad agradable. En particular por la mañana, velado de ténue niebla, indicio de un dia caluroso, lugar tan encantador produce el efecto de un pensamiento religioso, concentrado en sí mismo y no obstante esparcido por medio de aquel cuadro inmenso, al cual abraza, admira y bendice.

»Con frecuencia visitábalo, subiendo la primer pendiente de las montañas, solitaria y matizada de flores. Mi compañero era un libro, y con todo, al verme allí no tenia ánimo para leer. Los ojos estaban demasiado ocupados, ya se fijaran á lo lejos sobre el terso hielo que cubria el lago, ya sobre el país saboyano de enfrente, las peñas de Meillerie (bosques, praderas, precipicios), ó á nuestro lado sobre el nido de Clarens y las poco elevadas torres de Chillon, ó que, por último, me extasiara contemplando las lindas casas con contraventanas de nuestros amigos el médico y el pastor á cuyo servicio estaba mi marido (1); y así permanecia casi soñando, disfrutando mi conmo-

(1) En Montreux, lugar el mas hermoso de la tierra, tenia la dicha de habitar en casa de una exquisita persona, que hubiera creido de nacion italiana ó española, á no saber que era ginebrina y hermana del fogoso y sábio historiador de la iglesia de Ginebra. Al lado vivia un gran médico, hombre sencillo y muy versado en las cosas de la Naturaleza.

vido corazon de las dulzuras de una santa armonía.

»Mas no tardé en notar que no estaba completamente sola. Porcion de abejas y de abejorros que cual yo se habian levantado temprano, hallábanse en aquellos momentos ocupados en sus tareas, buscaban entre las flores la miel destilada bajo el rocío, se zambullian al fondo de las campánulas ó se deslizaban diestramente en la misteriosa corola del pié de Vénus (cipripedio). Brillantes cicindelas daban caza á los mosquitos, mientras que tribus mas pesadas, los escarabajos, sombríos zafiros, buscaban su vida por entre las hierbas.

»El dia antes citado (20 de julio), mirando maquinalmente á mis piés y apartando un tanto la vista de aquel cuadro harto resplandeciente, ví con sorpresa una escena que contrastaba en gran manera con sitio tan encantador y bendito, un horroroso combate. El insecto gigantesco nombrado cometa (escarabajo), uno de los de mayor tamaño de nuestros climas, masa negra y lustrosa con cuernos armados de soberbias pinzas en forma de media luna, habia agarrado y decentado un coleóptero de inferiores dimensiones. Sin embargo, como entrambos enemigos poseen admirables armas defensivas á guisa de los corseletes, brazales y martingalas de nuestros antiguos caballeros, la lucha se prolongaba y recrudecia. Siendo los dos de raza matadora y que viven á costa de los pequeños insectos, grandes señores acostumbrados á devorar á sus vasallos, cualquiera de ellos que muriese era un triunfo para los mas pequeños. Con todo, el movimiento instintivo, ciego, que nos impele en semejantes casos á separar á los combatientes, hízome tomar parte en la contienda, y con el mango de mi sombrilla, con tiento y delicadeza, sin lastimar á ninguno de los dos, obligué al mas robusto á dejar su presa.»

Sin fórmula de proceso me fue adjudicado el tal prisionero para utilizarlo en mis observaciones, en justo castigo de su voracidad fratricida. Por otra parte, en mi sistema no entra punzar á los insectos: suplicio horroroso, espectáculo desolador que se hace interminable. Al cabo de un mes y mas tarde aun veis agitarse á esos infelices crucificados. Generalmente el éter produce una muerte mas rápida y al parecer mas suave. Así pues, etericé suficientemente al cautivo. En un instante volteóse, quedó inmóvil y creí que estaba muerto. Trascurrieron una ó dos horas: vedle que empieza á revivir, que quiere sostenerse sobre sus temblorosas patitas, prueba á andar, cae de nuevo, vuelve á levantarse. Pero, hay que confesarlo, andaba como un borracho. Si un niño lo hubiese visto se riera de lo lindo. Por mi parte pocas ganas tenia de reir, pues habia de seguir envenenándolo. Administréle una dósis mas fuerte: todo en vano, revivia al poco rato. Hasta parecia ¡cosa rara! que aquella especie de embriaguez que enervaba, agotaba casi las facultades del movimiento, habia sobrexcitado en igual medida los nervios y lo que podríamos llamar las facultades amorosas. El empleo que intentaba hacer de su marcha vacilante y de sus postreros esfuerzos, reducíase á reunirse á una hembra de su especie que yo habia encontrado inerte y dejado encima de la mesa. Nuestro héroe la palpaba con sus patas y con sus brazos temblorosos. Logró voltearla y la tocó (es muy probable que ya no veia), para asegurarse bien de si vivia. Costábale separarse de ella; y hubiérase jurado que formaba el propósito, él, pobre moribundo, de resu-

citar á aquella muerta. Extraño y fúnebre espectáculo, pero conmovedor para quien sabe (con el corazon) que la naturaleza es idéntica. Lo que estaba viendo me contristó el ánimo, y por lo tanto traté de abreviar el suplicio á fuerza de éter, y de separar aquella Julieta de ese Romeo. Mas el indomable macho se burlaba de todos los venenos, arrastrándose lúgubremente. Lo encerré en una gran caja, donde terminó su existencia al cabo de tiempo y merced á increibles dósis de éter. No se necesitaron menos de quince dias para que se consumara su suplicio, y cree, lector querido, que mas bien fue el mio.

Aquel sér fuerte, resistente, de llama inextinguible, me engolfó en un mar de ideas. Al primer paso que daba en la carrera del asesinato, la naturaleza habia tenido á bien enseñarme, y con maestra mano, las perseverancias extrañas, indomables, que da á la vida. «El amor es duro como la muerte.» ¿Quién afirma esto? La Biblia. Sí, y es tambien la Biblia eterna. Luego, ¿quién mas que el amor consagra la vida, hácela enternecedora, respetable y santa? ¡Y cuán triste no es, pues, cortar el amor en el divino instante en que todo sér participa de la gracia de Dios!

Para excusar mi crueldad decíame que aquel insecto, que ha existido durante seis años entre tinieblas, sólo vive alado y á la luz del dia dos meses á lo sumo, lo suficiente para poder reproducirse. Así pues, le habia yo robado muy poco tiempo de su existencia, ¡un mes sobre seis ó siete años! Cierto; pero ese mes era la época mas galana de su vida; hasta entonces sólo vegetara, ahora verdaderamente vivia, reinaba, era poderoso, afortunado. Insecto durante largo tiempo, en aquellos momentos habíase trocado casi en pájaro: hijo de la florida tierra y de la cálida luz. Mi conducta para con él podia compararse á la de la Parca, que se complace en cortar el hilo en el preciso momento de la felicidad.